



EL CARTÓGRAFO DE LAS ESTRELLAS



Escritor y ensayista aficionado.

“LIKE, LUEGO EXISTO”



Hubo un tiempo en que los niños soñaban con ser héroes. Guerreros épicos, sabios astrónomos, médicos que salvaban vidas o, si el optimismo se pasaba de rosca, incluso buenos padres. Hoy, ese sueño ha sido reemplazado por una pulsión más modesta: ser influencer. Es decir, mendigar validación digital en forma de corazones flotantes mientras se recomienda una crema antiarrugas que no ha tocado una cara desde el almacén y que, seamos sinceros, jamás usaría si no le pagaran. Una meta, digámoslo claro, puramente superflua.

Las redes sociales, que alguna vez fueron un proyecto moderno para conectar al mundo, hoy funcionan más como espejos de feria donde todos compiten por ser la mejor versión falsificada de sí mismos. La gente ya no vive; interpreta una vida, como actores aficionados en una obra sin guion, pero con filtros. Lo importante no es la experiencia, sino el postureo de la experiencia. No importa si el café está frío o el atardecer es una pantalla LED: si hay un selfie de por medio, cuenta como felicidad.

Las relaciones humanas han sido reducidas a notificaciones. Ya no hay sobremesas largas ni miradas cómplices: hay audios de WhatsApp de tres minutos que nadie escucha y memes pasivo-agresivos que sustituyen las conversaciones difíciles. Las amistades ahora se miden por la cantidad de “¡qué guapo estás!” que lanzas debajo de una foto tan filtrada que podría pasar por ecografía. Porque si no lo escribes, no eres un buen amigo. Y si no lo etiquetas, no eres nadie.

Lo más preocupante no es que la realidad haya sido desplazada por esta feria de vanidades digital, sino que la mayoría lo ha aceptado con entusiasmo. En lugar de rebelarse, han abrazado la esclavitud del algoritmo. La dopamina rápida de un “like” se ha vuelto la nueva droga recreativa, legal, gratuita y con efectos secundarios devastadores: ansiedad, vacío existencial y la necesidad patológica de mostrar que todo va bien, incluso cuando todo va francamente mal.



Los conciertos ya no se disfrutan con los oídos, sino con los pulgares. Las vacaciones no se viven, se editan. Y lo peor de todo: los recuerdos ahora vienen con música de fondo elegida por TikTok y duran exactamente los 15 segundos que te deja Instagram antes de que el público se aburra y se desplace hacia el siguiente idiota con un dron.

Y si pensabas que eso era distópico, espera a conocer la generación que está optando por relaciones afectivas con inteligencias artificiales. Sí, en Japón –donde el futuro siempre parece haber llegado cinco años antes y con subtítulos– ya existen ceremonias matrimoniales entre humanos y hologramas. El amor romántico ha sido reemplazado por interfaces agradables y respuestas programadas. Y, sinceramente, considerando el estado de las relaciones humanas... puede que hayan ganado en calidad.

Así que sí, estamos vivos, pero no presentes.
Respiramos, pero no conectamos.



Fingimos estar acompañados mientras hablamos con pantallas que nos devuelven lo que queremos oír, no lo que necesitamos escuchar. Hemos dejado de vivir la vida para convertirnos en sus fotógrafos freelance. Y mientras tanto, el mundo real –ese en el que la comida se enfría, la gente envejece y las emociones duelen– sigue esperando que alguien se quite los auriculares y lo mire de frente.

Pero no te preocupes. Lo importante es que el video quedó lindo y tuvo más de mil visualizaciones. Aunque claro, tú no estabas allí.

Solo tu teléfono.

¿Y si un día las redes caen... sabremos todavía quiénes somos? ¿O habrá llegado el momento de los suicidios en masa?

Isaac Orviz García

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Isaac Orviz', with a stylized flourish extending from the end.